

Capítulo 4

Cuento: Ganancia de pescadores

No habían pasado ni cinco minutos cuando las primeras gotas comenzaron a salpicar en las aguas del río Gato. Primero lo hicieron con una suavidad que apenas le permitió a Guille notarlas, hasta que vio dibujados sobre el agua los característicos círculos que deja una gota al salpicar en una masa de agua. Pero antes de poder medir la magnitud de los acontecimientos, ya el cielo derramaba en plenitud gruesas lágrimas, como las de una amarga pena producida por un amor atrapado en un pecho celestial. El torrente duplicó su densidad, su velocidad y por consecuencia, también el peligro implicado para quien lo surcara.

Capítulo 5

Cuento: Las recetas de mi abuela

La razón de esta desazón era simple: doña Chola había comenzado a perder con la edad algunos de sus sentidos, muy especialmente el del gusto y por consecuencia a cometer locuras en su cocina, de las cuales abundaban historias. Como aquella trágica ocasión de la ensalada rusa con natilla que acompañó un arroz con pollo, en el rezo del niño en casa de tía Ana en enero pasado; o quizás menos impactante, aquel desayuno de hace unos años en que probó unas desafortunadas arepas con chiverre y bicarbonato.

Capítulo 6 (historia principal)

Eduardo venía vestido de un pantalón de mezclilla que estaba bastante sucio, una camisa café manchada de sudor y una gorra negra, traía unas botas de hule que compartían parte del barro que también invadía las zonas bajas del pantalón. En sus manos sostenía una botella a medio terminar de guaro de contrabando, bebió un largo trago de ella y después se quedó observando el fuego que todavía calentaba la hoya de la sopa.

– Mae Edo, ¿qué diablos fue lo que le pasó? – preguntó Guille.

– ¡Lo tuve que matar! – respondió desconsolado el hombre.

El anuncio tomó por sorpresa a Orlando, Chepe y Jean Carlo, que temían estarse enterando de

un crimen. Pero Guille y Chuz tenían una buena idea de que podría estar sucediendo, así que llamaron a la calma de los demás.

Capítulo 8

Cuento: El incendio de los pinos

Ya mejor vestido, caminaba por las calles de Lagunilla en búsqueda de alguien con quien quedar. Como una noche habitual, desde las casas se escuchaba todo tipo de señales de vida familiar. Televisores, risas y también algunas peleas componían el concierto humano que sustituía el que las ranas, grillos o los cuyeos tocaron en esos mismos lugares, en un pasado ya aplastado por el tiempo y la civilización.